

CAPÍTULO VII.

Administracion pública.

I

Ya hemos llegado al comienzo del fin, esto es, á la capitulacion del Mensaje que trata de la riqueza territorial. Aqu tenemos que fijar detenidamente nuestra atencion para puntualizar si crecen los intereses materiales á expensas del sentido moral, ó si resulta el *trabajo ennoblecido*, que es la sólida base de la moralidad de los pueblos.

—Que hay extension quilométrica, ya lo sabemos.

—Que hay zona glacial y zona tórrida, tampoco lo ignoramos.

—Que no tiene el suelo mexicano las mejores condiciones fluviales, no lo echamos un momento en olvido.

—Que es muy accidentado el terreno, cuya circunstancia dificulta y encarece las obras de locomocion, lo tenemos aprendido de memoria.

—Que hay algo volcánico, mucho silíceo y ménos calcáreo, circundado de bosques de ricas maderas, donde el cedro reemplaza al pino, y valles y cañadas vírgenes de poderos a fuerza reproductiva, nos lo ha dicho Humboldt con toda la precision del sabio que ha hecho el análisis por sí mismo.

—Que mide el país una superficie para mantener con holgura más de cuarenta millones de habitantes y tiene un pu-

ñado de pobladores, explica racionalmente el atraso de su explotacion.

—Que no hay locomocion fluvial donde faltan las vías naturales, basta decirlo.

—Que no siendo fácil ni económica la construccion de canales, es preciso satisfacer la necesidad de comunicarse por carreteras y caminos de hierro, es una consecuencia de sentido comun.

—Que los arroyos sin cauce, rios torrenciales en crecida perjudican á las obras en construccion y necesitan un presupuesto extraordinario para entretenimiento y reparaciones, es un corolario lógico indeclinable.

—Que haya venido el país rezagado en los trabajos de construccion y defensa comprometido á gastar sus fuerzas en la guerra para constituir la patria, no necesita otra explicacion.

No perdemos de vista un solo momento ninguno de estos particulares.

El País que acusa los recuerdos de un territorio abandonado al *laissez faire, laissez passer* de la Naturaleza durante siglos, ofrece hoy á la industria y al esfuerzo del hombre civilizado el trabajo de encauzar los rios, desecar los pantanos, desaguar los lagos, dar salida corriente á las aguas estancadas, y convertir en elemento fecundante lo que entregado á sí mismo es un verdadero azote, instrumento de calamidades.

Un país vírgen, que el mayor número de dificultades que presenta son primitivas, y brinda á la explotacion de la inteligencia humana un tesoro de productos vegetales y una considerable riqueza mineral, debe fomentarse.

Fomentar en las arenas de Egipto, en el desierto de Sahara y en los hielos perpetuos del polo, seria lo absurdo, sería lo imposible.

La obra es difícil; los recursos de la civilizacion muy grandes; el trabajo no puede ménos de ser lento.

Pero que, en un espacio muy corto de *ensayo* constitucional (porque el *régimen* empieza en estos momentos), breve tiempo en que se cuentan escasamente doce años por meses, los meses por semanas, las semanas por días y los días por horas, sin haber aumentado sino en cosa insignificante la población, con trabajadores indígenas mal atendidos y considerados indolentes, sin necesidades ni aspiraciones, se haya cultivado el suelo, se haya desarrollado la fabricación, se hayan beneficiado las minas y se hayan construido con toda clase de accidentes en terreno abrupto 7,500 kilómetros de ferrocarriles con andenes, estaciones y establecimientos de carga y almacenaje, á más de las obras de reparación por siniestros, esto sí que sorprende el ánimo y no se explica de la manera sencilla que todo lo capitulado anteriormente.

Y no es esto lo que nos maravilla, sino que tenga que venir el extranjero desapasionado á rendir públicamente un tributo de justicia al bracero indígena sin necesidades ni aspiraciones denunciado como la rémora del progreso, para decir: —“A ese debe el país toda su mano de obra desde las villas y conventos que levantaron los frailes pagando jornales con indulgencias, hasta los 7,500 kilómetros de vías férreas, los 950 kilómetros de líneas telegráficas construidas desde Abril á la fecha, y el entretenimiento y reparación de los 18,000 kilómetros de la red federal, además de los grandes servicios que por su trabajo han prestado esos elementos de comunicación á las autoridades y al vecindario en los días de calamidad pública.

Somos muy raros en nuestro modo de pensar y aquí volvemos á invertir las ideas.

No vemos, no, el progreso del país en los adelantos tangibles de los intereses materiales, sino en la EDUCACION Y ORGANIZACION DE LA CLASE OBRERA POR EL TRABAJO.

¡Pues qué! ¿No hemos visto con nuestros propios ojos los efectos del material, los furgones, los coches y hasta los tre-

nes de recreo contruidos por los operarios de aquí, donde hemos tenido que admirar á la vez lo delicado de la mano de obra y la riqueza de las maderas?

El pueblo que trabaja, el pueblo que se encariña con la construcción y la manufactura, el pueblo que deja en ella la señal indeleble de su sentimiento artístico, es un pueblo que comprende, que se educa, que adelanta, que no puede desaparecer, que tiene un perfecto derecho á trasformarse y que su porvenir es seguro.

Este es el *fomento* á nuestro humilde entender, el *fomento de la inteligencia por el trabajo*, porque el engrandecimiento material es su necesaria consecuencia.

El trabajo bien dirigido cultiva la inteligencia, pero también cultiva paralelamente el sentimiento.

Lo bello es el ideal. Sin el sentimiento, que es lo proporcionado, lo agradable, lo limpio, lo elegante, no se concibe el progreso humano. Por eso no progresa el buey, el caballo ni el perro, porque sólo el hombre tiene ideales. Cuanto más se le acerque á los *ideales correctos*, más se le ennoblece, más se le aquilata. Y la delicadeza de las ideas tiene su reflejo en la delicadeza de sentimientos; y cuanto más depura sus ideas, más suaviza sus pasiones y más aversion le causa lo grosero. Así solamente se concibe, así únicamente se explica cómo pudieron subir los Cielopes y Lestrigones á la altura de Aristides y de Sócrates; que también nosotros, como esos ilustres griegos, con casco y adarga de cuerno, y despues toga y muceta de raso, venimos de la barbarie y no del Olimpo.

Ah! no incurramos jamás en vanidades pueriles ni alimentemos preocupaciones groseras, que todos los que hablamos el lenguaje universal de la ciencia y el arte, aquella engrandecida por Newton y éste sublimado por Meyerbeer, lo mismo que Kant y Schiller, Virgilio y el Dante, como Cavour y Sadi-Carnot, traemos nuestra directa filiacion de la esclavi-

tud y de la barbarie, y por eso tenemos la obligacion de hacer libres y de educar á los pueblos.

Desdichada civilizacion, abominable civilizacion si sólo hubiera venido para desarrollar los intereses materiales. Ha venido para engrandecer con el trabajo el *sentido moral* de la Historia. De otro modo, con el desarrollo de la riqueza, habria hecho de la tierra un banquete, como los de Eliogábalo que comia las lenguas de pavo real con los dedos y se iba al vomitorio para volver á la mesa. Vemos sí, y lo decimos con la franqueza del historiador verídico, á los beodos en la calle, que ántes dormian en la falda del monte, y á ciertos jóvenes más aficionados al club que á las academias; pero no deducimos de aquí que ha decaido el sentido moral, porque este fenómeno acredita precisamente, que los vicios condicionales y de momento se presentan á la luz del dia, desapercibidos ayer en el campo de guerra, y este es el primer paso para conocerlos y corregirlos. Por encima de estos detalles de momento, es visible que se ha *ennoblecido el trabajo*.

No tenemos necesidad de reproducir aquí la relacion de las Empresas y de los esfuerzos de todas esas laboriosas construcciones del camino Central, del Nacional, del Interoceánico, de Tepa á Tulancingo, de San Agustin á Teoloyucan, de Yautepec al Amacusac, de Mazapa á San Martin, de Mérida á Calkiní, porque ya vienen relacionados esos importantes trabajos oficialmente en el Mensaje.

No! nosotros no hemos tomado la pluma para sumar guarismos, para calcular productos, para examinar expedientes. Asistimos á los trabajos del puerto de Veracruz, contemplamos las obras de defensa emprendidas en amparo de las poblaciones de Matamoros y Paso del Norte contra las iras turbulentas del Rio Bravo, fijamos nuestra atencion en los recursos empleados para el desagüe de estos lagos, y buscamos allí con afan al pueblo para ver qué hace, cuánto ade-

lanta, cómo está dirigido, y vamos en seguida á consultar en la Estadística el decrecimiento criminal.

Y despues de ese exámen de los hechos, buscamos al gobierno para aplaudir ó censurar su iniciativa ó direccion.

Y entónces, consumado el estudio, reconcentramos nuestro pensamiento para proponerle sintetizado y concreto el problema de todo el que serenamente procura investigar y conocer las causas de los fenómenos, formulado en esta pregunta.

—¿Cuanto hemos visto y observado, es el producto natural, sencillo, obrado por sí mismo de la paz, ó ésta se mantiene y consolida como consecuencia lógica y precisa de esos adelantos aún mayores en el órden moral que en el mundo físico?

—ESTE ES NUESTRO PROBLEMA.—

Problema fundamental, porque si todo es obra de la paz, la paz es un accidente que se turba por cualquier cosa. La paz no tiene carácter propio, la paz no tiene figura. Puede ser una imágen de la muerte, como la de Varsovia; puede ser una protesta muda, como la de Polonia; puede ser la expresion de envilecimiento como la de Irlanda; puede ser una venganza aplazada, como la de Alsacia y la Lorena; puede ser la nieve del Etna en la cumbre y el volcan hirviente en el fondo.

La paz como causa, puede ser hasta un peligro. Lo es la paz armada en Europa. La paz no asegura ni resuelve nada. Es preciso preguntar siempre.—¿Quién hace la paz? ¿Quién hace la guerra?

La paz como efecto es una construccion de intereses que se crean para sostenerla y la hacen incontrastable.

En todos los anteriores casos la paz es un reposo falso; el tirano está arriba, el odio y la protesta abajo.

Cuando la paz es el producto de los intereses que la sustentan, es porque están de acuerdo el pueblo y el gobierno, como en los Estados Unidos.

¿Es que allí no significa nada el gobierno, ni hace nada?

Todo, absolutamente todo lo que es de interes federal se resuelve en la Corte. La iniciativa parte de allí. En su origen, la República se personificó en Washington sin temor á la dictadura.

—La Corte armó á la Nacion para dominar al separatista y someterle á la Ley Constitucional.

—Sin la iniciativa poderosa y las subvenciones y los privilegios concedidos por el gobierno, no se hubiera hecho el camino del Pacífico, no se hubiera salvado el desierto á California.

—La bancarrota universal hubiera arruinado á ese pueblo si el gobierno hubiese dicho:—Ya que hemos cometido el muy peligroso error, desnaturalizando la teoría de la libertad de los Bancos, de confundir el *Papel moneda* (ó fiduciario, que es su representacion procurada) con los *Valores bancarios*, y hemos consentido la emision de aquel á cualquiera, el Tesoro público responde y garantiza todo siniestro en materia de *papel fiduciario* y recoge y paga los billetes falsos.

¡Desgraciada humanidad si hubiera de dirigirse por el *laisser faire, laisser passer*, sin esa iniciativa saludable de lo alto que organiza y dirige! Todas las mujeres serian beatas, los hombres sacristanes, y el ideal de la perfeccion el anacoreta desnudo.

Sólo los delirios liberales pueden producir las grandes reacciones. Esto enseña la práctica de la vida. La esclavitud ha convertido al hombre en bestia, porque ha envilecido el trabajo. Sólo ennobleciendo el trabajo se ennoblece á los pueblos.

Para nosotros la cuestion de fomento es esta.

Si el gobierno, para dar los resultados de adelanto material que capitula el Mensaje, hubiera contratado las construcciones con braceros que inmediatamente terminado el compromiso desapareciesen del país, censuraríamos amargamente al

Ejecutivo. Pero ¿qué ha hecho sino ennoblecer el trabajo fomentando el desarrollo moral y material de la nacion?

Esta es la obra del porvenir cuyos cimientos sólidos se están echando. Esta es una campaña, ménos brillante, pero más gloriosa que la sostenida por la independencia nacional, en cuanto aquella era la preparacion necesaria de lo que comenzamos á ver.

II.

HACIENDA Y PATRIA.

Al cabo hemos llegado al fin: la posdata de la carta.

—Conocemos que México está de amistad y cortesía con el mundo exterior.

Importancia suma tiene el ramo de amistades y relaciones, pero es el himno epitalámico que se canta por los convidados cuando se han puesto los dulces sobre la mesa. Mientras no se ha fundado la patria y se ha inaugurado la Administracion, no ha habido tratos ni contratos, inteligencias, ni siquiera beligerancias. Hubo sí, mucho ojo á la castaña á ver quién podia comérsela. Esculpidas están en nuestra memoria las inmortales palabras del patriota Lerdo en contestacion á los americanos cuando pidieron gracia para el Archiduque: “Nadie ha prestado ayuda eficaz á México en la prolongada lucha de su independencia.”

La paz está asegurada en el exterior y todos los rozamientos vecinos no inspiran zozobra, pues se reducen á perfiles de protocolo.

Esto es hoy, mañana podrá ser otro el problema y tomar mucha más importancia el ramo de relaciones externas, haciendo política de comercio. Por nuestra parte entendemos, que México tiene una muy alta mision histórica que cumplir, y la cumplirá por ley de naturaleza. Mas no es el momento de tratar la materia, ni nos ocupamos nunca de nada, por importante que sea, fuera de oportunidad.

Sabemos que la seguridad pública es un hecho incontestable en la vida interior, y que la salubridad se procura conforme á los recursos del Estado.

Levantado el espíritu público se nos ha dado un ejemplo sorprendente del ejercicio de las funciones electorales en la renovacion de los Poderes Públicos y la reforma constitucional con pleno y admirable reposo.

—Conocemos que levantado el espíritu público, con él ha crecido el sentimiento benéfico, y los siniestros ocurridos lo han puesto de relieve.

—Conocemos la importancia que se reconoce y el celo que se pone en los servicios postales y de comunicaciones telegráficas.

—Acabamos de capitular los elementos de riqueza del país y cómo se ponen en explotacion levantando el sentido moral de la clase obrera, cuya fuerza regeneratriz es el trabajo.

Hemos llegado al asunto hoy capital:—*como se dirigen y administran esos intereses.*—

Aquí tenemos que hablar muy claro, diciendo muchas verdades; segun honradamente se habla siempre que se conoce la materia y sus antecedentes.

La situacion económica que heredaron los hombres de Tuxtepec, no podia ser más desastrosa y comprometida. Abria una campaña más difícil que todas las que se han librado en los campos de la guerra. Las huestes en oposicion, no tenian bandera, ni programa, ni caudillo reconocido. Era preciso luchar con dos oposiciones á cual más pavorosas:—La resistencia pasiva de los intereses desconfiados:—La oposicion ciega, indisciplinada y dispersa de los ignorantes.

La lucha era contra el *no dejar hacer y no dejar pasar* al gobierno, con la actitud de los unos y la violencia de los otros.

Todo lo que se decia al pueblo y á los contribuyentes, era que el país estaba en peligro, que el país se arruinaba. Las respuestas á esto eran débiles, oficiosas, vacilantes, como si

se temiese descubrir las dudas que se alimentaban en reserva. El silencio general autorizaba las declamaciones.

Esta era la situacion pública, este era el estado de la opinion.

—*¿Con qué recursos contaba el gobierno?—Con uno solo:—CON SU ENÉRGICA FE.*

—Hé aquí todo.

—Rentas irregulares y de eventual ingreso.—Obligaciones firmes al descubierto.—Valores en la más deplorable depreciacion.—Intereses vencidos y no pagados.—Deuda por reconocer y consolidar.—Castigada la plata en el extranjero haciendo muy costosa la colocacion de fondos.—Escasez de papel fiduciario en esta plaza, porque el mismo Banco, participando del pánico, restringia la emision.—El Montepío en el suelo.—Laberinto de deuda flotante.—Crédito interior receloso y apretado.—En el extranjero nulo, porque se creyó que México no queria pagar.

Esta era la situacion económica. Todas las apariencias denunciaban el país á las puertas de la bancarrota y la deshonra, con la circunstancia agravante de haber precedido en esta época de gestacion gubernamental un período feliz de esperanzas, de ilusiones, de actividades y de ensayos.

Aquel pánico era una reaccion de los espíritus que se habian forjado un cuento de “Las mil y una noches.”—Por esto se pudo decir:—El liberalismo nos ha engañado, pues sólo puede ofrecernos por última conquista la miseria.—

Era imposible que en tales condiciones económicas pudiera la confianza alimentar la situacion política.

Se habia hecho una cuestion política la cuestion económica, y de aquí, que se mirase con reserva el gobierno segundo del actual Presidente, quien en su primer período vino al poder con el prestigio que, acaso, no ha llegado ningun otro hombre en la Historia.

Se le esperaba la segunda vez *á ver de venir*, como la tabla á que el náufrago se agarra, por si puede salvarse, no porque crea en la salvacion.

Se le esperaba precipitado por la pendiente de la violencia, atropellando cosas y personas, sin ninguna clase de miramientos. Se queria no un gobernador nacional, sino un jefe de partido, los unos por el camino de la demagogia, los otros por el del absolutismo; los unos haciendo de la Constitucion federal una espada flamígera de exterminio, los otros haciendo del poder una guillotina de la federacion.

Y es claro, que no habia de hacer ni lo uno ni lo otro el hombre superior á la altura de los sucesos, que dominaba con el pensamiento y la voluntad.

Desde los primeros pasos se vió que no iba por esos caminos, y de aquí el descontento de los unos y los otros, y la oposicion sorda, y la protesta reservada, y los escarceos y los embarazos de las desconfianzas.

Fué un heroismo patriótico, superior á todos los de su vida, aceptar el compromiso de la situacion; él, tan acreditado ciudadano Presidente, sin duda con muchas y buenas ideas y firmísima voluntad; pero sin dinero, sin crédito, y cercado de oposiciones y recelos.

Es la primera virtud heroica la de *jugarse el todo por el todo*; no la vida, que esa la dan de balde todos los hombres que tienen el *sentimiento de su dignidad personal*, sino la reputacion labrada con los más cruentos esfuerzos y los más immaculados servicios. . . . la cual no se empeña, no se expone, no se juega sino por los *hombres superiores á la situacion*.

Y la formidable campaña era para él desconocida, en campo nuevo, con armas que nunca tomó en la mano; y necesitaba un general táctico, un Ministro de Hacienda.

Eligió al Sr. Dublan y le dió toda su confianza y su firme apoyo.

Pero ¿quién era el Sr. Dublan?

Una persona distinguida, gran jurisconsulto, de toda integridad, hombre serio, de gobierno, pero sin tradiciones financieras, sin esos antecedentes que imponen silencio porque inspiran absoluta confianza.—¿Quién le reconocia el Ministro á propósito en momentos tan críticos?—Sólo el señor Presidente.

Empezó el Ministro por donde tenia que empezar, castigando gastos, introduciendo economías, achicando la nave, reduciendo sueldos y obligaciones, lastimando intereses, restringiéndolo todo en un país que pedia liberalidad de servicios, anchura de fomento.

¡Cruel necesidad! no tener otro medio de salvacion que el más á propósito para impopularizarse!

¿Cómo habian de ser bien recibidos los decretos del 22 de Junio?

En otras circunstancias ménos difíciles, esas disposiciones hubieran determinado una crisis ministerial.

Nosotros comprendimos desde el primer momento la trascendencia de esas resoluciones, pero no se nos ocultó por qué pasar pudieron sin violencias. Pasaron con simples murmuraciones, escarceos y solicitudes de reforma en pequeños detalles, porque ninguno de los más atrevidos osó aventurarse á tomar el cabo de la vela para que se le apagase en la mano, esperando con interior complacencia ver achicharrada y á oscuras la del Ministro.

Pero él escuchó á todo el mundo accediendo á las solicitudes racionales y posibles; pagó con puntualidad; inspiró confianza á los Bancos; intimó relaciones con los contribuyentes; entró en inteligencias con los comerciantes; y pronto la prensa extranjera comenzó á considerar que se inauguraba para la Hacienda de México un período de organizacion, y se formó ántes que la nacional, la opinion pública, en el exterior, favorable al país.

Luego se lanzó al mercado el empréstito de 10.500,000 libras esterlinas, cifra que asusta, y sin embargo, se cubrió con exceso asombroso la operación.

La situación no podía ser más crítica y comprometida.— La campaña no ha podido ser más brillante y gloriosa.

Todo cuanto hemos dicho es la verdad histórica, como se expresa y consigna en severo cumplimiento de las leyes de la *Crítica Racional*. Hemos dicho la verdad omitiendo detalles para no recargar el trabajo, pero la verdad con limitación de las indicaciones á lo necesario y bastante para dibujar aquel difícil estado de cosas.

Y entiéndase que todo cuanto hemos capitulado y podemos capitular dentro y fuera del país, no tiene ningún s6n de ofensa; que todos hemos pasado por semejantes vicisitudes, todos hemos sentido las mismas zozobras, todos hemos sido acongojados por iguales dudas y desconfianzas, todos hemos soñado con la propia violencia como el remedio supremo de los grandes conflictos si no ¿cómo pudiera explicarse en ningún lugar de la Historia el reinado del sable? Y sin embargo, no todos hemos salido tan pronto y con tan buena suerte, como va saliendo México de sus apuros.

Ahora no, pero sí en su lugar oportuno dirémos, cómo, por qué y para qué, en nuestro humilde concepto, necesita el país unir más su opinión y hacer más viva la iniciativa del Gobierno.

—¡La Hacienda pública!—Necesitamos detener nuestra atención en este capítulo del Mensaje que es precisamente el más reducido, el más sobrio, el más parecido á un *índice* de cuantas capitulaciones comprende el documento.

Es la obra de la situación, es el pan de la mesa; los manteles estén puestos, el banquete se prepara.

Es cuestión de ser ó no ser. México no puede quedar re-

zagado en el movimiento vertiginoso que viene sobre América. No adelantar hoy, es retroceder: pararse en el camino es morir. México sin explotar no puede seguir los pasos gigantados de la civilización, y la Hacienda es la llave del rectorio. Sin Hacienda, no hay dinero; sin dinero, no hay trabajo; sin trabajo, no hay educación moral; sin sentido moral, no hay vida pública. Los pueblos que se empobrecen, se embrutecen y envilecen; y los pueblos envilecidos no tienen más que una conclusión:—ó cadáveres ó esclavos.—

¿Quién pudiera reducir á esclavo á Hortensio?—Sólo la confiscación.—¿Quién prostituyó á Dionisio?—La miseria.—

Necesitamos continuar, y el estudio de este importante asunto pide capítulos aparte.

III

PLAN FINANCIERO.

Conforme vamos entrando en materia apretamos un poquito más.

Tenemos ideas raras, extravagantes, en desacuerdo con las convencionalmente aceptadas, pero son nuestras, á nadie le deben nada. No pedimos auxilio á los autores, venimos á combatirlos, nos desazona su autoridad. Nosotros no tenemos más que un libro en el que muy pocos aprenden á leer, porque son muy escasos los Homeros y muchísimos los Rápsodas. Con razón llamaba el filósofo latino á la mayor parte de sus compañeros—“marranos de la pira de Epicuro.”—Nosotros tomamos por lema el aforismo griego traducido al latín como base y principio fundamental de conocimiento.—*noscete ipsum*,—que invocado por todas las escuelas filosóficas durante veintidos siglos, apenas cuenta por docenas los hombres que se lo han propuesto á su conciencia.